

seara el suscrito debido al tiempo que se pierde recorriendo grandes distancias, si ha marchado satisfactoriamente y le permite creer que podrá entregar para fines de 1920 y 1921 algunos de los lotes de sorteo y algunos de los que salen de aquella formalidad por su magnitud o por su situación indiscutible.

También me prometo entregar antes que todo los correspondientes a los que me han ayudado con su trabajo y su dinero. Les pagaré a éstos sus cuotas en las respectivas hectáreas de tierra pero quedará siéndoles deudor de la honra que me han hecho al depositar en mí toda su confianza.

OBSERVACION FINAL

Es cierto que el trabajo material de la mensura emprendida está lleno de penalidades y aún de peligros: el hambre la sed y el sueño no se satisfacen siempre, y las serpientes, insectos etc. amenazan y mortifican, pero a pesar de ello las fatigas y peligros son mucho menores que las de los **vaqueros y caucheros**, y todos mis ayudantes han sido lo uno y lo otro. No tiene pues, fundamento lo que se les ha dicho a éstos, "que arriesgan a Jacobo a mi lado", aludiendo a la lamentada muerte de mi amigo Jacobo Arciniegas acaecida en Septiembre del año pasado.

Vilavicencio está sufriendo por falta de brazos, pues, se han quedado manchas de arroz sin cojer y canales en sazón sin moler. En

estas circunstancias, palabras ociosas como las transcritas, u otras semejantes, pudieran causarme serio daño retrayendo al personal que ocupo. Ruego pues, a mis amigos que por ensalzarme exajeran

lo fuerte de mi trabajo con frases peligrosas, que prescindan de ellas y más bien alienten a la gente a servirme.

El Buque 30 de Marzo de 1919
SERGIO CONVERS C.

Apiay: la Comunidad, su historia

Genealogías: Tronco JACINTA REY

Los hijos de JACINTA REY fueron seis: BASILIO, Bárbara, Carmen, José María, Martín y Pedro Mariano Romero.

Rama BASILIO ROMERO

Los hijos de BASILIO fueron once: Rosalía, José Antonio, Francisco, Petronila, Nepomuceno, Manuella, Juan José, Teresa, José Manuel, José María, y Juan Hilario Romero.

(Septimo Cuadro) De su hijo JOSE MARIA ROMERO, tuvo BASILIO los siguientes descendientes:

Nietos	Biznietos	Tataranietos
Policarpo Romero	Carmen Romero	Maria Pardo José Abelardo Laura Gustavo
MARIANA ROMERO Margarita ROMERO	Josefa Romero Jesús Eufemia Adolfo Pardo	Adición Al cuadro 6º: (Nº 236 de 24 de Sibre. de 1918) JOSE ANTONIO ROMERO , tuvo otra hija, MARIA DEL ROSARIO ROMERO , y ésta una hija MARIA JUSTA DEL ROSARIO ROMERO
Joaquin Romero	José M. Romero Joaquin Felisa Isabel Ana María	
ISABEL ROMERO	Lucas Rojas Asension Romero Indalecia Pilar Rosa Tomás	
Pedro A. Romero		

FOLLETÍN DE « ECO DE ORIENTE »

RUTH.

Por José David Guarín

—Entonces, hasta la vista, Elias; que Dios te lleve con bien y te conuele, dijo el Cura alargándole la mano.

Elias le dió la suya que dejó estrechar y sin poder hablar, porque se le había anudado el habla en la garganta, volteó la rienda de su bestia y partió.

El Cura permaneció allí un instante viéndolo andar y dando un suspiro murmuró:

—Pobre muchacho! Quién habría de creer que fuese tan desgraciado!

—Buenos días, mi amo, dijo un hombre con el sombrero en la mano y haciendo una reverencia de lo más zurdo del mundo.

—Cómo te va? contestó el Cura volviendo a mirar al recién llegado.

—Para servirle a su merced, mi amo. Que venia en buscas de mi amo Cura a solicitarlo.

—Y qué quieres?

—Era que le espachaba a decir la niña Inés y las otras niñas que si podría su merced ir para allá porque la otra niña se está muriendo.

—En dónde?

—En el Palmichal.

—Elias! Elias! gritó el Cura con todo su aliento.

Este al oír la voz del Cura paró su bestia y, viendo que lo esperaba, picó para llegar lo más pronto posible. Una vez reunidos, el Cura se apresuró a decir:

—Ven, ven, que Ruth se muere!

—Quién dijo tal?

—Este hombre que viene a llamarme.

—Vámonos, pues, dijo Elias tratando de seguir sin saber a dónde.

—Pero espera que se me ocurre una cosa. Hay que mandar llamar al doctor Esguerra inmediatamente.

—Y a quién mandamos?

—El muchacho que vuela en la mula. Dale el cajón y paraguas a Elias, dijo al criado, vete lo más pronto posible a la ciudad y dile al doctor que yo mando llamarlo porque tu señorita Ruth está muriéndose que no le escribo porque no tuve dónde. Cuéntale lo que ha pasado.

Pero vuela; ya estás aquí.

—Sí, mi amo, dijo el muchacho, y poniendo la mula al galope partió.

—Pero mira; vuelve acá gritó el Cura; no se te olvide decirle que en el Palmichal estamos, no vaya a ser que se marche para el pueblo. Venite con él y antes de llegar al Espino entras por los potreros y así acortaras más el camino. Yo veré como te portas.

—Pierda su merced cuidado.

Por el camino fué preguntando el Cura al peón que había llegado a llamarlo:

—Y desde cuándo está enferma Ruth?

—Desde la noche en que se vinieron del pueblo. Llegó hecha sopá. Calcule su merced; con aquellos aguacerones, y luego la pasada del río...antes ha resistido la niña.

—Y qué es lo que tiene?

Un dolor alto que le ha cogido, que no es capaz. La punzada del pecho a la espalda no la deja ni resollar; por las mañanas está mejorcita, pero por la tarde le entra aquel calenturon tan terrible y por la noche se pone a decir disparates con un desasosiego que...Santo Dios bendito!

—Por qué no habrían avisado antes?

—Porque ese mozo que va con